
TIEMPO DE PASCUA

II domingo de Pascua. Domingo de la Divina Misericordia

- **Hch 2, 42-47.** Los creyentes vivían todos unidos y tenían todo en común.
- **Sal 117. R.** Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia.
- **1 Pe 1, 3-9.** Mediante la resurrección de Jesucristo de entre los muertos, nos ha regenerado para una esperanza viva.
- **Jn 20, 19-31.** A los ocho días llegó Jesús.

1. ¿Qué dice la Palabra?

Estamos participando de la alegría de la Pascua, con Cristo Resucitado. Y Juan nos muestra el desarrollo de ese domingo: Jesús se aparece a sus discípulos estando todas las puertas cerradas. Jesús a quien el Padre ha resucitado por la fuerza del Espíritu Santo, va en búsqueda de su Iglesia, reunida en el Cenáculo.

Su primer saludo es otorgar la Paz. La palabra paz se describe a lo largo de todo el Antiguo Testamento. Pero Jesús resucitado le da otro sentido, un sentido nuevo al Shalom bíblico. Antes, desear la Paz era para explicar que no había motivos de guerra. Para Jesús, la Paz es algo mayor, es algo interior, que se experimenta en los corazones humanos. Es la paz que nace de la alegría después de la tristeza, es cuando vemos enterrar a la semilla que muere y luego brota la planta, crece y da frutos. La paz es un proceso. No es la paz de los cementerios donde no sucede nada. La paz del resucitado es una paz activa, una paz que lleva a una acción inmediata, primero por la alegría y luego por la necesidad de comunicar la alegría recibida.

Por eso, después de dar la paz, viene la nueva fórmula: Así como el Padre me envió, yo los envío a ustedes. Es la paz misionera, la que se recibe con el envío de ser anunciador de Buenas Noticias. Por eso, Jesús ya resucitado, como en la primera página de la Biblia Dios sopla sobre el barro para que tenga vida, Él sopla sobre los Discípulos entregándoles el Espíritu Santo. Es la nueva vida en Cristo. Los discípulos reciben el don del Espíritu Santo y ahora tienen el poder de Dios, de perdonar los pecados. ¡Gran responsabilidad! aquella que Jesús confía a su Iglesia. A través de los Apóstoles, Jesús continúa su historia salvífica.

El episodio continúa con el conocido relato del momento en que estuvo Jesús con sus discípulos, y que justo Tomás no estaba en el grupo. Y que al regresar, ellos le cuentan y Tomás se niega a creer. Incluso dice - “Si no veo en sus manos la marca de los clavos, si no meto el dedo en el lugar de los clavos, y la mano por su costado, no creeré.” Y a la semana siguiente el texto continúa

con otra aparición de Jesús, donde sí estaba Tomás y lo invita a corroborar que es Él. Tomás le dijo arrodillado: “Señor mío y Dios mío”. Las dos palabras son muy importantes: Señor, que significa “dueño”, y que en el idioma griego en que fue escrito habla de algo más, Señor, dueño de la Historia, no sólo de la Historia del universo, del mundo, de la humanidad, sino también dueño de mi historia personal. Dios, es la más alta y grande de todas las Palabras. Dios es aquel que está fuera del tiempo fuera de la historia, fuera de lo material. Es el “inalcanzable”, que ahora vino en búsqueda de la humanidad para que le alcancemos. Por eso Tomás dice las dos palabras unidas al posesivo personal: “Señor mío, y Dios mío”. Tal vez para ser un buen cristiano, con esto sólo alcanza. Reconocer al Señor y Dios, que viene a salvarnos viene en nuestra ayuda, y querer tomar la decisión clara de escucharle, seguirle, anunciarle, proclamarle.

2. ¿Qué nos dice Dios en la Palabra?

Muchas veces me encierro por miedo a dar testimonio de mi fe, me encierro en actividades, lugares. Pero Jesús vuelve a aparecer en el camino de mi vida ¿Soy consciente que Jesús me busca? ¿Entiendo que Jesús viene a darme la paz, su paz? ¿Cuál es la diferencia entre la Paz de Jesús y lo que opina el mundo sobre la paz?

Jesús envió a sus discípulos, al igual que el Padre lo había enviado a Él. ¿Entiendo que Jesús también me envía a mí a ser anunciador de su Buena Noticia? ¿Qué porcentaje de mi vida lo dedico a ser misionero? ¿Hago algunas actividades aisladas, algunas visitas, o tengo una actitud misionera permanente? ¿Soy dócil al Espíritu Santo? ¿Le pido que me ilumine, que me llene de sus dones?

¿Hasta qué punto yo me identifico con Tomás y digo: si no veo no creo? ¿Puedo describir las veces que me ha ocurrido? ¿Podría evitar esto y buscar una fe que no dependa de ver para creer?

3. ¿Qué le decimos a Dios?

Gracias Señor por tu Palabra Salvadora. Gracias por venir a nuestra vida, a quedarte con nosotros. Nuestra Historia sin Ti, está vacía. Quédate con nosotros. Necesitamos tu Paz, haznos conscientes de la paz que nos ofreces. Que seamos siempre portadores de tu Paz Señor. Que el Espíritu Santo haga de nosotros su morada, y que reflejemos sus dones al mundo. Te pido perdón por todas las veces que soy con Tomás, si no veo no creo... Dame, Señor, la gracia de escuchar tus Palabras: Felices los que creen sin ver. Que entienda que sólo creyendo en Ti tendré vida y encontraré lo que busca mi corazón. Amén.

4. La voz del Papa

Regina Coeli 23/04/2017

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Cada domingo, hacemos memoria de la resurrección del Señor Jesús, pero en este periodo después de Pascua, el domingo reviste un significado más iluminador. En la tradición de la Iglesia, este domingo después de la Pascua, se le denomina “in albis”. ¿Qué significa esto? La

expresión pretendía recordar el rito que cumplían aquellos que habían recibido el bautismo en la Vigilia pascual. A cada uno de ellos se le entregaba un hábito blanco —“alba”, “blanca”— para indicar su nueva dignidad de hijos de Dios. Hoy todavía se sigue haciendo esto: a los neonatos se les coloca una pequeña tela simbólica, mientras que los adultos se ponen uno auténtico y verdadero, como lo hemos visto en la Vigilia pascual. Esta ropa blanca, en pasado, se llevaba puesta durante una semana, hasta este domingo, y de ahí deriva el nombre *in albis deponendis*, que significa el domingo en el cuál se quita el hábito blanco. Y así, quitada la ropa blanca, los neófitos comenzaban su nueva vida en Cristo y en la Iglesia.

Hay otra cosa. En el Jubileo del año 2000, san Juan Pablo II estableció que este domingo estaría dedicado a la Divina Misericordia. Es verdad, fue una bonita intuición: el Espíritu Santo le inspiró. Hemos concluido el Jubileo extraordinario de la Misericordia hace pocos meses y este domingo nos invita a retomar con fuerza la gracia que viene de la misericordia de Dios. El Evangelio de hoy es la narración de la aparición de Cristo resucitado a los discípulos reunidos en el cenáculo (cf. Juan 20, 19-31). Escribe san Juan que Jesús, después de haber saludado a sus discípulos, les dijo: «Como el Padre me envió, también yo os envío». Dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les quedarán perdonados» (vv. 21-23). He aquí el sentido de la misericordia que se presenta precisamente en el día de la resurrección de Jesús como perdón de los pecados. Jesús resucitado, ha transmitido a su Iglesia, como primera misión, su propia misión de llevar a todos el anuncio concreto del perdón. Este es el primer deber: anunciar el perdón. Este signo visible de su misericordia lleva consigo la paz del corazón y la alegría del encuentro renovado con el Señor.

La misericordia a la luz de la Pascua se deja percibir como una verdadera forma de conocimiento. Y esto es importante: la misericordia es una verdadera forma de conocimiento. Sabemos que se conoce a través de muchas formas. Se conoce a través de los sentidos, se conoce a través de la intuición, a través de la razón y aún de otras formas. Bien, se puede conocer también a través de la experiencia de la misericordia, porque la misericordia abre la puerta de la mente para comprender mejor el misterio de Dios y de nuestra existencia personal. La misericordia nos hace comprender que la violencia, el rencor, la venganza no tienen ningún sentido y la primera víctima es quien vive de estos sentimientos, porque se priva de su propia dignidad. La misericordia también abre la puerta del corazón y permite expresar la cercanía sobre todo hacia aquellos que están solos y marginados, porque les hace sentirse hermanos e hijos de un solo Padre. Favorece el reconocimiento de cuantos tienen necesidad de consuelo y hace encontrar palabras adecuadas para dar consuelo.

Hermanos y hermanas, la misericordia calienta el corazón y le hace sensible a las necesidades de los hermanos, a través del compartir y de la participación. La misericordia, en definitiva, compromete a todos a ser instrumentos de justicia, de reconciliación y de paz. No olvidemos nunca que la misericordia es la llave en la vida de fe, y la forma concreta con la cual damos visibilidad a la resurrección de Jesús.